

Cuando era niña creía que no era posible la vida fuera de la corte, del Palacio real ó de los jardines de Saind Cloud, que habitábamos con mi familia; pero actualmente pido á Dios que me agraden siempre los lugares que su voluntad designe. Siempre que comparo la casa destrozada, pero sana, y bien orientada situada en un valle ameno como los de Suiza, donde pasé los primeros años de mi casamiento, con esas casas ennegrecidas por el humo, con esas chozas cubiertas de heno y retama; siempre que veo esas mujeres más laboriosas y más resignadas que yo, á pesar de carecer de pan y abrigo para ellas y para sus hijos, me considero demasiado favorecida y privilegiada por la bondad de Dios.

XXIX

9 de Julio

Me encuentro triste y abatida, y no sé á qué atribuir esta situación. Acaso es producida por la ausencia de mi marido. En este miserable mundo, la cosa más insignificante hace cambiar la felicidad; nuestros cuerpos son en extremo impresionables...

Me he vestido de negro: parece que así me encuentro mejor y sin embargo no creo que pueda resistir muchos días esta excitación de espíritu.

He leído un libro de Mme. de Genlis y me ha causado su lectura una impresión de alegría y satisfacción como jamás hubiera creído. Hay en este libro muchos y buenos consejos que aprovecharé para mis hijos. Es muy peligroso dejarse dominar por las impresiones de los otros. Yo había juzgado mal y sin conocer la obra, ni á su autor: pero confieso que me equivoqué, y me arrepiento de ello.

XXX

10 de Julio

Ayer me dijeron que una pobre mujer carecía de pan, y que tenía muchos hijos que alimentar. En seguida me fui á visitarla, pero había muchas personas en la casa y no me atreví á socorrerla por temor á que se creyera que ejercía la caridad con ostentación. Volví á casa con la intención de mandarle alguna cosa; se hizo tarde, y no me atreví á mandar á los criados. ¡Acaso la pobre mujer habrá pasado la noche sin alimentarse ni alimentar á sus hijos! Confieso que he obrado mal, y al amanecer he corrido á casa de la pobre mujer y la he socorrido. Nadie debe avergonzarse de hacer el bien, cuando en el mundo se hace tanto mal. He resuelto no caer jamás en esta debilidad.

XXXI

14 de Julio

Este día lo he pasado muy apaciblemente. ¡Quiera Dios que lo hayan pasado así todas las personas que conozco!

Continuamente pienso en mi marido: hoy debe estar con mi hijo Alfonso en Lyon ¡Cuánto me gustaría estar con ellos!

Seguramente que lo habrá sacado del colegio.

Por la mañana, he recibido carta de mi madre que continúa en Alemania y sigue bien: esto me ha causado una alegría inmensa.

Esta mañana he leído en un libro de Mme. de Genlis: en él se hace una descripción de la vida de los frailes de la Trapa, que me ha impresionado

mucho. También me ha sorprendido el leer que estos hombres no encuentran en este mundo, donde viven en las mayores privaciones, un solo punto de desgracia y ven con gusto aproximarse la muerte. Esto me acaba de convencer, de que la felicidad no se encuentra en los mundanales placeres, y sí en el cumplimiento del deber, por penoso que éste sea. Cuando se ha empleado el tiempo en terminar un trabajo cualquiera, se encuentra uno contento, y dentro de las leyes de actividad impuestas por Dios mismo.

El que esté bien convencido de esta verdad, y se deje sin resistencia conducir tranquilamente por las circunstancias y por las personas que tienen derecho á gobernarnos, será más feliz, como yo lo soy desde que me he amoldado á esta manera de ser.

En algún tiempo tuve yo la pretensión de subordinar todo á mi única voluntad, y siempre estaba inquieta: después he reconocido que si mis deseos se hubiesen cumplido, casi siempre eran en perjuicio mío. Hoy vivo completamente entregada á la infinita y soberana sabiduría, y me siento mejor física y moralmente. ¡Bendito sea Dios! El es el único sabio. El únicamente debe gobernar el mundo.

XXXII

19 de Julio

Ha llegado mi marido, y hemos salido con nuestros hijos á dar un paseo por las altas montañas, que parece como si crecieran impulsadas por la poderosa mano de Dios; están pobladas de hayas, abetos y retama, cuyas amarillentas flores asemé

janse á láminas doradas sobre un fondo verde: de trecho en trecho, hay grandes matorrales entre hierbas, sobre lo que se distinguen algunos carneros; á cada momento se encuentran lindas cascadas que se desprenden de lo alto de las rocas y serpentean sus aguas por entre las hojas y los abetos más verdes que los otros por la continua humedad que reciben.

Este grandioso espectáculo expresa el sentimiento y la grandeza del Creador. Nuestra alma es un espejo viviente donde se reflejan todas estas bellezas, y en cuyo centro está Dios siempre que no permitimos colocar nubes ni sombras sobre la naturaleza y el espejo.

Desde lo más alto de la montaña pudimos ver el Mont-Blanc y la cordillera de los Alpes cubierta por la nieve: mi marido camina á pie en compañía del guarda, y detrás de nosotros, mis hijas ya montadas en asnos que unos muchachos conducen del diestro. El dueño de los asnos, nuestro antiguo mayordomo, dirige la expedición. Hemos necesitado más de tres horas para llegar á la cima más alta; yo me había figurado que subiríamos en media hora, pero las distancias, nos engañan como el tiempo en la vida: aunque el engaño es á la inversa: en las distancias, se nos figura el tiempo largo, y es corto: creemos cortas las distancias y resultan largas.

Todo el día lo hemos pasado corriendo con los niños y sentándonos sobre la hierba. El panorama que se desarrolla á nuestra vista, es magnífico: Las colinas del Máconnais blanqueadas por pueblecitos desde los cuales llegaba hasta nosotros el sonido lanzado desde sus campanarios. Las praderas in-

terminables del Bresse parecida á las de Holanda, que yo conocía por las vistas de ellas que mi hermano me mandaba cuando estuvo en aquel país de secretario de la embajada; y allá á lo lejos el Mont-Blanc que cambia de aspecto según reciben sus nieve los rayos del sol: blanco, violado, negruzco; imitando á un hierro que se colora de rojo ó se ennegrece al fuego de la fragua y según las operaciones que el obrero realiza con él.

Hemos tendido sobre la hierba nuestros manteles, y comido juntos, los pastores, nuestros criados y nosotros. Terminada la comida, hemos vuelto á montar en nuestros borriquillos y empezado el descenso de la montaña por diferente camino del que habíamos ascendido, el cual está rodeado de ave-llanos campestres.

La algazara de los niños, el ruido que hacen las cabalgaduras al caminar por entre los guijarros de la sierra, el canto de los mirlos, las detonaciones que producen los escopetazos que mi marido y el guarda tiran á las perdices, produce en junto un ruido semejante al de una caravana, á la llegada al oasis. Los pastorcillos debieron tener miedo al sentir aquel ruido, porque al llegar á un pequeño claro que forman los árboles en la falda del monte encontramos una pequeña manada de corderos y cabras sin pastor y bajo la única vigilancia de dos grandes perros negros, que al vernos, ladraban con fuerza.

Algo más lejos, observamos las cenizas humeantes de una hoguera entre dos grandes piedras: junto al fuego, había unos zuecos de madera. Desde luego comprendimos que los pastorcillos guardia-

nes de los corderos debían de estar cerca de nosotros, y que al ruido de las voces y de los tiros se habrían escondido entre las matas cercanas sin tiempo para recoger el calzado. Tuve entonces una idea que fué muy del agrado mis niños. Junto á las cenizas de la hoguera apagada, nos detuvimos un momento y mi marido colocó dentro de cada uno de los zuecos doce sueldos, y mis hijas un puñado de confites que habían guardado para merendar. Hecho esto, emprendimos de nuevo la marcha, gozando en la alegría que los pequeños pastores habían de experimentar cuando después de haber pasado nosotros salieran de su escondite recelosos é ignorantes de lo ocurrido, y se encontrarán con la sorpresa que les habíamos preparado. Seguramente que ellos creerían que las hadas de la montaña les habrían hecho aquel regalo, escondiéndose después entre las sombras del bosque donde ellas viven.

Habíamos caminado un buen rato, cuando oímos el eco de repetidas risotadas y alegres exclamaciones. Eran los pastorcillos que discutían entre el estupor que el hallazgo les hubo causado y la natural alegría que había producido en ellos tan inesperado acontecimiento.

Como habíamos previsto, atribuyeron el hecho á las hadas del bosque, pero al contar á sus padres lo ocurrido, éstos les indicaron la verdad del suceso, que bien pronto adivinaron; tanto es así, que al día siguiente, nos pagaron la sorpresa con otra sorpresa, pero de un modo muy delicado, según acostumbra aquellos buenos campesinos.

Cuando un criado abrió la puerta de la casa que da á un patio abierto, se encontró cuatro cestitas

de junco llenas de quesos, panecillos de manteca hechos en forma de zuecos y avellanas. Los pastorcillos que habían dejado allí aquellos regalos, se escondieron y pudieron oír también nuestras exclamaciones de asombro; misterio por misterio, ofrenda por ofrenda.

Esta delicadeza de los campesinos nos encantó; no hemos sabido jamás á qué choza pertenecían los autores del anónimo presente.

Aquellos cambios de atención entre los pobres campesinos y nosotros los ricos, según ellos nos llaman, son muy convenientes y ayudan á formar el corazón de nuestros pequeñuelos, enterneciéndolo de tal suerte, que no puedan los años y las vicisitudes de la vida endurecerlo.

XXXIII

22 de Julio

Hemos vuelto de nuevo á Milly, nuestra morada antigua.

Estoy muy lejos de la iglesia y lo siento; pero rezaré con igual fervor que en el templo, dentro de mi casa; Dios acoge la oración que se le dirige con fervor, proceda de donde quiera que sea: rezaré también en el campo. ¡Qué hermoso templo el de la naturaleza!

.....  
Aquí hay muchos detalles exclusivamente domésticos que continúan el diario hasta el día 30. Después siguen de este modo:

30 de Julio

A las diez de la mañana de ayer, salimos de Milly

para Changrenon, donde vamos á pasar el día con los señores Rambuteau nuestros vecinos. El señor Rambuteau (hijo) es un joven muy simpático, noble, distinguido, de un trato social muy fino y franco á la vez. Mlle. de Rambuteau es hermosísima y bien quisiera yo que mis hijas se le pareciesen. Esta joven es aquella célebre Mme. de Mesgrigny tan admirada por su belleza en la corte de Napoleón.

Hemos sido obsequiados en casa de estos señores, entre otras cosas, con la ejecución de algunas piezas musicales cantadas al piano con una maestría incomparable por la señorita y su maestro: este profesor tiene una preciosa voz de bajo y se llama Breval, quien no desperdicia ocasión para educar á su discípula; ella en cambio hace honor á su maestro, pero la palidez de su rostro indica que debe fatigarse demasiado con el estudio.

\*  
\*\*

A la vuelta de Changrenon, me encuentro con una carta de mi hermana en la cual me da noticias de mi hijo Alfonso muy satisfactorias por cierto. Me participa también, que uno de sus arrendatarios de Vaux á quien durante la revolución le había arrendado las tierras, le ha entregado 20,000 francos después de haber reconocido por sí propio que lo que pagaba no era justo: además se ha comprometido á pagarle dor espacio de veinte años una asignación en frutos de la cosecha. De estos raros ejemplos de honradez y propiedad debemos conservar eterno recuerdo.

¡Si todos imitáramos al arrendatario de mi hermana, cuán felices fuéramos en el mundo!

XXXIV

31 de Julio

El día de hoy ha sido funesto para nosotros; una tempestad de granizo ha destruído nuestros viñedos. Esto es más sensible, por cuanto las cepas están cargadas de racimos que han sido destrozados por el furioso vendaval y el granizo que despe día á su paso. Estoy muy triste; pues que además de haber perjudicado nuestro pequeño bienestar, los pobres viñadores de la comarca quedan en la miseria. El sentimiento que en estos momentos agobia mi alma indica que aun á pesar mío, estoy adherida á las cosas mundanas; creía que las cosas terrenas me eran indiferentes, y observo que al menor contratiempo sucumbo. ¡Oh Dios mío! Que llegue con vuestra ayuda, á comprender lo pasajero é insignificante de este mundo y lo eterno de los bienes del cielo.

XXXV

10 de Agosto de 1891

Me encuentro encinta, y tanto á mi marido como á mí nos trae esto preocupados y tristes. ¿Como, siendo nuestra fortuna tan pequeña, habremos de sostener una familia tan numerosa? Es necesario resignarse; acaso este nuevo hijo que Dios me concede, será entre todos el que me praporcionará mayor satisfacción.

~~~~~  
El hijo á que mi madre se refiere, fué una niña que se llamó Sofía. Fué después esposa del conde

Lligonnés, gentilhombre de la Lozare; en este matrimonio tuvo una familia muy numerosa que fué modelo de virtud y de nobleza. Esta familia vive hoy en Mende, respetada y querida de todos.

\*  
\*  
\*

Las fechas que siguen á ésta vienen consagradas á circunstancias exclusivamente domésticas, como son: recetas para la cura de enfermedades, observaciones médicas sobre el estado de los aldeanos enfermos que ella había aprendido á curar con ayuda de los libros de M. Tissot.

Después anota algunos aconteciminetos de poca importancia al parecer, pero que en los pueblecitos son acontecimientos verdaderos, como por ejemplo:

26 de Agosto

Ayer ha venido aquí un mercader ambulante.

Cuando estas gentes aparecen por aquí, el otoño se acerca. Esto fué un acontecimiento para los niños del lugar.

No pensaba en desgracia alguna, cuando me han avisado que un niño ha caído dentro de la lejía caliente que su madre tenía para limpiar la ropa: ha sido un gran descuido.

Espero salvar á la pobre criatura.

XXXVI

2 de Septiembre de 1801

Estoy enferma de inquietud y sobresalto. Ayer faimos otra vez castigados por una horrorosa tem-

pestad que ha acabado de destruir nuestras cosechas. Se presentaba un año muy bueno, y apenas nos quedará para vivir y dar de comer á las pobres familias de nuestros trabajadores. Semejante desgracia nos obliga á hacer mayores economías. El proyecto que teníamos hecho de ir este verano á Macón con nuestras niñas, se ha frustrado y no sería extraño que hubiéramos de vender nuestro caballo y también el coche.

Si Dios lo quiere así, paciencia; yo procuraré consolarme en mis desgracias, y no teniendo que agradecer nada á este mundo, tendré á él menos afición.

Nada endurece, nada ilusiona tanto como la prosperidad; y lo que á la naturaleza parece duro, es acaso una de las mayores gracias de Dios, que deseando atraernos al verdadero bien, nos priva de todo aquello que sólo es polvo. Si ayer me hubiera hecho estas reflexiones, hubiera sido mejor: me considero por tanto culpable de esta falta.

Cuando nos ocurre alguna desgracia, mi marido sufre mucho en el acto, pero después tiene más valor que yo. Esta mañana me decía: «Siempre que ni tú ni mis hijos me falten de este mundo, lo demás, poco me importa; mis bienes y mi felicidad están en vuestros corazones». Después ha rezado conmigo mientras la tempestad bramaba furiosa y rompía las ramas de los árboles. Los pobres aldeanos lloraban en el patio al ver la catástrofe.

He leído esta noche *Un viaje á los Pirineos*, por M. Dusaux. La lectura de este libro me ha interesado mucho porque precisamente fué escrito en el año 1788, época en que yo debí, en compañía de mi madre, haber hecho un viaje por aquellos lugares;

con bastante disgusto mío, hubimos de detenernos en casa de unos parientes que teníamos en Limoges, que tenían unas posesiones á seis leguas de la ciudad; pasamos allí una temporada; llegó la primavera y con ella la noticia de que la duquesa de Orleans necesitaba de la compañía y los consejos de de mi madre, pues la Revolución había empezado en París. ¡Lástima grande haberme perdido este viaje á los Pirineos! Esos montes, esos valles, que yo conozco y que nacieron al mismo tiempo que las grandes obras de la creación, deben encerrar grandes maravillas, y las personas sentirán al verlos, la aproximación del infinito.

Durante la noche clarísimas, cuando el firmamento aparece cubierto de estrellas y pretendo contar uno por uno aquellos mundos de luz, más grandes que el sol y la tierra, me consuelo, ante aquellas miríadas de mundos, de no haber podido visitar las pequeñas porciones de tierra que se llaman los Pirineos, ó las insignificantes gotas de agua del Océano.

\*  
\* \*

Hoy hace veinticuatro años que comulgué por vez primera. ¡Cómo se aleja la existencia! Sólo es un sueño la vida, ¡Dios mío! Dadme el sueño tan doloroso como queráis, pero concederme un buen despertar.

XXXVII

11 de Septiembre.

Han venido á pasar el día con nosotros mi cuñada y Mlle. Lamartine, su hermana. Me han dicho

que mi buen hermano está bien de salud y que mi pobre hijo Alfonso ha ganado dos premios por su aplicación en el estudio, y que sus maestros están muy satisfechos de su comportamiento. Esta última noticia me ha enorgullecido bastante. Ruego á Dios perdone mi vanidad, pues yo no he contribuido en nada á la creación de la bondad que en el fondo del alma de mi hijo existe.

Esta tarde hemos recibido la visita de Mme. de Lavernette que se ha detenido aquí á su regreso de Lyon: me ha dicho que ha visto á mi querido hijo Alfonso y que sus profesores le han dicho que el pobrecito hace cuanto puede por salir airoso en la carrera.

Su padre disimula la satisfacción que le causa el oír elogiar á su hijo, pero en realidad está más orgulloso que yo. ¿Cuánto durará esta satisfacción? Del niño al hombre hay una distancia grande. Mme. Lavernette me ha hecho entrega de una carta da Alfonso en la cual me dice que desea vivir con nosotros. Yo temo que cuando venga lo encontrare pálido, ojeroso y flaco. Y esto me tiene preocupada.

Las madres no podemos ser felices nunca. Cuando tenemos motivos para felicitarnos, nosotras mismas envenenamos nuestra felicidad con presagios y presentimientos tristes.

XXXVIII

18 de Septiembre

Hoy he ido á Mácón á recibir á Alfonso.

El corazón me late cuando pienso que de aquí á pocas horas veré á mi querido hijo . . . . .

. . . . .  
Al fin, aunque algo tarde, ya ha llegado.

He rogado á Dios en el oratorio de las señoras Forcad, religiosas exclaustradas que han hecho de su casa un convento. He calmado mi ansiedad al pie de los altares.

Mi Alfonso ha llegado muy bien.

Yo creo que no ha perdido la piedad que yo he procurado comunicarle; esto me causa mucho temor.

XXXIX

23 de Septiembre

Hoy ha comido con nosotros Mr. Blondel, antiguo amigo nuestro. En la mesa hemos hablado (tal vez demasiado) de Alfonso. Hemos leído algunos de sus escritos y una composición poética que hizo por encargo de su padre, habiendo quedado todos muy satisfechos y particularmente yo, de las condiciones y el talento que parece poseer mi hijo. Acaso sean estos pensamientos únicamente dictados por el amor de una madre, que siempre ve en sus hijos agrandadas sus buenas cualidades y empequeñecidas las malas.

~~~~~  
Sigue el *diario* conteniendo detalles minuciosos y demasiado íntimos que se relacionan únicamente con la vida doméstica.

XL

6 de Octubre de 1801

¡Cómo pasa el tiempo! Hoy es para mí una fecha memorable. ¡Doce años han transcurrido!

*El Manuscrito.* —6

Lo recuerdo perfectamente. Era aquel famoso 6 de Octubre tan fatal para la real familia de Versalles y yo me encontraba entonces en Chatou junto con mi madre. Las dos regresábamos de Mesnil con intención de llegar hasta París; hubo necesidad de caballos para reforzar el tiro, y á falta de éstos, hicimos noche en Chatou, alojándonos en casa de Mme. Duperron, amiga nuestra. Esta interrupción de nuestro viaje fué para nosotras una suerte, por que París bullía entre las agitaciones revolucionarias. En casa de Mr. Duperron pasamos la noche en continua alarma, pues M. de Lambert, su yerno, se encontraba de servicio militar en el palacio de Versalles. La esposa, los hijos, toda la familia, en fin, temblaban por su vida.

Después de algunos días pasados en Chatou, nos dirigimos á Lyon sin pasar por París, acompañándonos Mme. Montbriand. Esta señora había sido como yo, canonesa de Sales.

Este viaje determinó mi casamiento con el caballero Lamartine. Cierta día nos vimos en el capítulo de Salles en casa de la condesa Lamartine y desde entonces ya nos amamos siempre.

Nos detuvimos veinticuatro horas en Mâcon porque hubo necesidad de que arreglaran el carruaje, uno de cuyos ejes estaban rotos y tuvimos ocasión de visitar á toda la familia Lamartine que nos obsequió en extremo. Estaba á la sazón el caballero Lamartine incorporado al regimiento. Durante el día que pasé en Mâcon creí haberme atraído las simpatías de su familia, desapareciendo alguna pequeña dificultad, que á causa de no conocerme á

fondo habían puesto para el casamiento. Este quedó concertado.

Me complazco en recordar todos los detalles ocurridos durante aquella semana del mes de Octubre, porque á ellos debo mi felicidad.

Doy gracias á Dios por haberme concedido otra vez á Mâcon, donde en compañía de mi marido y de mis hijos soy feliz y afortunada.

XLI

El día 7 de Octubre y los siguientes no tienen interés.

11 de Octubre

Mi madre me dice en carta que hoy he recibido, que se dispone á volver de Alemania con Mlle. de Orleáns; esta joven princesa tiene un miedo terrible al mar y no quiere atravesar la Francia; por estas causas todavía no han resuelto hacer el viaje á España.

Ayer fui en compañía de mi cuñado á un pueblito de Champagne junto al castillo de Peronne perteneciente á mi familia. M. de Lamartine me ha enseñado una casita que acaba de edificar en el pueblo, la cual quedará como herencia para nuestros hijos. Mi cuñado habla de ellos como un verdadero padre de familia.

Con todas estas tierras que deben heredar de sus tíos tendrán mis hijos un buen porvenir. ¡Quiera Dios que sean ricos en honor y piedad que es lo que constituye la verdadera riqueza!

Diariamente hago leer á mi hijo Alfonso una parte de un libro religioso escrito por un sacerdote



alemán: en este libro se aprende á comprender la religión y su emanación de la naturaleza. La inteligencia de Alfonso me satisface pero temo haya de darle algún disgusto su carácter demasiado altivo é imperioso, si no se corrige. Con mucha frecuencia se incomoda con sus hermanos y esto me disgusta.

XLII

9 de Noviembre de 1801

Las ocupaciones no me han permitido continuar este *diario* hasta hoy.

En este momento llevo de Lyón; he ido á compañía á mi hijo al colegio. Esta nueva separación de mi Alfonso me ha causado hondo pesar. Durante la misa que esta mañana he oído en la capilla del establecimiento, sólo veía los hermosos cabellos rubios de mi hijo, en medio de aquella multitud de cabecitas puras como la de un ángel.

¡Qué sensible es, Dios mío, haber de abandonar á manos mercenarias el tierno pimpollo de nuestro corazón!

Al salir de la iglesia he experimentado una profunda melancolía. Vi la isla de Baebey de Fourvières, las pintorescas montañas del Saona, ni el bullicio de las gentes que bajan por el pendiente de la Cruz Roja y Lyón, han conseguido distraer mi imaginación. Parecía yo al Abraham bíblico cuando vuelve la vista para contemplar á Agar y su hijo, abandonados en el desierto, menos peligroso ciertamente, que esta multitud inmensa, donde las madres obligadas por la sociedad abandonan á sus hijos.

Todo el día de hoy lo he pasado en compañía de

Mme. de Vaux, mi buena hermana, y mezclado mis lágrimas á las suyas, pues también es muy desgraciada.

Ocho días he pasado en Lyón para poder ver alguna vez más á mi Alfonso y con el fin de acostumbrarme á estar separada de él.

El abate Lamartine que habita en su propiedad próxima á Dijón, nos cede su casita de la calle de Ursulinas en Mâcon donde pasaremos el invierno. Esta casa está junto al palacio de la familia que habitan mi hermano político M. de Lamartine y sus dos hermanas.

\*  
\*\*

El día 10 de Enero de 1802 está anotado únicamente con acciones de gracias á la Providencia por los beneficios recibidos durante el año pasado.

XLIII

7 de Enero de 1802.

Bonaparte ha pasado por aquí en dirección á Lyón para presidir los *Cisalpinos*. ¡Quién sabe lo que resultará de tal reunión!

En este momento acabo de escribir á mi madre que se encuentra en Liorna preparándose para embarcar con dirección á España, acompañando á Mlle. de Orleáns. Que tenga un feliz viaje y Dios bendiga las aguas que ha de atravesar para que no le sucedan las desgracias que tanto teme.

M. de Pierreclos ha sido borrado de la lista de los emigrados y nos ha visitado hoy. Viene de Lyón y ha visto á mi Alfonso que se encontraba con sus

profesores en la plaza de Bellecour de Lyon presenciando la revista militar pasada por Bonaparte.

\*  
\*\*

Durante el invierno de 1802 sólo contiene el diario las impresiones de una alma que continuamente se perfecciona por medio del examen de ella misma y que lucha continuamente contra las debilidades que le acosan.

XLIV

El 17 de Abril, nuestra madre vuelve al campo y recibe algunas cartas de España.

\*  
\*\*

He recibido estos días una carta de mi madre anunciándome su llegada á Barcelona (España). Me dice que durante el viaje ha sufrido muchos contratiempos, entre otros una tempestad en la travesía de Liorna al puerto de Rosas, que duró tres días. Momentos después de haber desembarcado en Rosas, se fué á pique el buque que las había conducido.

La entrevista entre la señora duquesa de Orleans y su hija ha sido muy tierna: Once años hacía que la Revolución las tenía separadas.

No me dice mi madre cuando volverá á Francia.

XLV

5 de Septiembre de 1802

La causa de haber interrumpido por tanto tiempo

este diario, ha sido porque el día 18 de Agosto hube de guardar cama á consecuencia de haber dado á luz una niña, la cual estoy criando yo misma del mismo modo que hice con sus hermanos. Ha venido mi hermana para asistirme.

Hemos establecido en casa la costumbre de rezar todos juntos: amos y criados. Esto ha de ser de mucha utilidad, si se quiere que sea la casa según la escritura dice: *Una casa de hermanos*. La comunión de amos y criados arrodillados ante Dios, que no distingue entre pequeños y grandes, levanta el espíritu á elevadas regiones, llamando á los unos á la igualdad cristiana y á los otros al fiel cumplimiento de sus deberes religiosos y morales.

\*  
\*\*

7 de Septiembre

Mi madre está de vuelta á Paris, y ya ha salido de España.

XLVI

2 de Octubre

Me encuentro en Saint Pont desde ayer, en compañía de Alfonso, Cecilia y Eugenia: durante el viaje, los niños se han divertido mucho. Alfonso, particularmente, estaba embrigado de alegría al verse caballero en una mula.

Hemos cogido las uvas del emparrado, con las cuales sacaremos dos toneles de vino. Mi esposo ha comprado unas fincas con el dinero que su hermano le ha prestado. Estas fincas han costado cincuenta mil francos. ¡Dios quiera que hagamos fortuna para poder llegar á nuestros hijos una pequeña posición que les permita vivir sin privaciones!